

CAPÍTULOS GRATUITOS

Valores y reinos V

Manuel Revilla

¡Atención! ¡Alerta de Spoiler! Si lees estos capítulos sin haber leído los libros anteriores perderás el factor sorpresa. Valores y Reinos es una historia que crece y evoluciona a medida que la lees, así que merece la pena disfrutarla de principio a fin sin anticipar su desarrollo ;)

120

Las noticias llegaron al castillo de la ciudad elíptica antes que los supervivientes. Habían pasado semanas desde que los últimos halcones mensajeros trajeran noticias acerca de la despiadada defensa que estaba haciendo el rey oscuro a las afueras de su ciudad. En sus escritos, el príncipe contaba a Nursia que había requerido una tregua a Khron para pedirle su rendición, sin la esperanza de que la aceptase. No obstante, así al menos había sacado tiempo para escribir y descansar. Después, ya no había habido más que silencio.

Quizá es que ningún noble quiso informar a la princesa Nursia de la muerte de Norberto Marco o quizá fue que ni siquiera tuvieron tiempo de hacerlo, al combatir día y noche sin descanso contra las tropas del rey. Pero la realidad resultó ser que la funesta noticia llegó a oídos de la princesa tan solo cuando las aves que por Punta vigilaban vieron aparecer a las tropas del Este diezmadas y descompuestas a través de sus ruinas.

En aquel instante, la noticia se extendió como un rayo se extiende por el cielo. Y aunque el duque de Llúlvida escribió una sentida carta a la princesa una vez hubo llegado a Rodela tratando de que se enterase por su mano, de nada sirvió.

Días antes de que llegara su misiva, un mago cultivado en las artes comunicativas había recibido la inesperada visita de un águila guardiana, cuyos penetrantes ojos vieron y entendieron más de lo que cualquier otro ser hubiera podido entender. Impresionada con lo que había avistado y con lo que significaba para los humanos, no dudó en volar directamente hasta el palacio y romper el silencio que mantenía su especie desde hacía años. El mago no tardó a su vez en contarle al consejero Éclitus lo que el águila le dijese, siendo él quien, sumido en la más profunda tristeza, finalmente, diese la noticia a la princesa.

Los habitantes del reino del Este lloraron amargamente por sus muertos en aquella batalla. Miles de soldados, cientos de infanzones e hidalgos, decenas de ángeles, los marqueses de Rodela y Tierraverde, la marquesa de Trasoso, la duquesa de Atenca y el duque de Bormedo. Un numeroso grupo de vasallos y grandes gobernantes que habían hecho prosperar aquellas tierras manteniendo la paz, pero que no habían dudado en participar en la gran guerra que les exigía su príncipe, en su afán de levantar y apuntalar bien los cimientos de una paz duradera. Y ahora todos estaban muertos, y su príncipe también. No hubo ningún desconsuelo mayor en todo el reino, como el que mostró la princesa al enterarse de la terrible noticia. Un gran dolor le afligió sumiéndola en el llanto, la inapetencia y la quietud.

¿Cuántas lágrimas brotarían de sus ojos
que por sus mejillas resbalaron hasta caer,
para que dos lagos nacieran sobre el suelo
reflejando la tristeza de una mujer?

En su superficie se mostraba una imagen
Una imagen de sufrimiento y palidez.
A su príncipe había perdido,
perdiéndose en el dolor ella también.

¡Oh, bella y dulce Nursia!,
por la pena no os dejéis vencer.
¡Vuestro pueblo os necesita!
¡Y no debéis dejarlo caer!

El gran Norberto Marco
en cruel batalla murió.

Quiso vencer al Oeste,
pero el rey le derrotó.

Él era apuesto y muy gallardo,
de buena planta y buena tez.
Siempre quiso a su buena Nursia,
amándole ella como solo sabe una mujer.

No olvidéis que también sois princesa
fuerte, valiente, culta y tenaz.
Es la vida un camino de espinas
que con valor hay que atravesar.

Nueve días vagó por palacio,
nueve noches mostró su pesar.
Mas al décimo sentose en su trono,
entera y dispuesta a gobernar.

Mantened vuestros ojos al frente
que ahora no deben mirar,
al trono vacío a vuestra diestra.
Erguida, recia y ¡a reinar!

Nursia cogió al fin las riendas de su reino tal y como su pueblo le pedía, tras sumirse por días en el lamento. Ella era una mujer acostumbrada a afrontar los problemas del reino al lado de Norberto Marco, pero en aquella ocasión, la magnitud de las desgracias había sido tan grande que la habían llegado a rebasar.

Ella sabía que algunas familias nobles pronto habían mostrado su preocupación y sus dudas sobre si sería capaz de manejar el reino, rozando el quebranto de su lealtad, pero la educación y experiencia que había recibido tras convertirse en princesa y el permanente apoyo y respeto que Norberto Marco la había tenido, habían hecho que ella siempre permaneciese a su lado en todas las grandes reuniones y participado activamente en la toma de decisiones. Aunque Nursia siempre había mostrado su total acuerdo con las decisiones últimas de Norberto Marco, las

personas más allegadas a ella sabían que la princesa defendía con celo su opinión ante su marido, esgrimiendo criterios acertados y bien dirigidos que más de una vez cambiaron la decisión del príncipe. Con convincente dialéctica exponía sus reflexivos argumentos, extraídos de su personalidad cauta e inteligente. Así que en el palacio confiaban en ella para que siguiera gobernando con destreza su reino en estos momentos de tensa incertidumbre. Y así lo hizo.

Esa jornada había sido larga y agobiante, como todas las anteriores desde que se sentase en el trono hacía ya un par de meses. Acompañada de Éclitus, atendía las acuciantes preocupaciones de sus vasallos, que cada día eran más inquietantes y alarmantes.

Todos los territorios adyacentes a la muralla de Punta estaban revueltos y convulsos. Tal y como le contaban, en las últimas semanas habían recibido nocturnas y letales incursiones que arrastraban la muerte. Decían que un ser alado se aparecía por las noches envuelto entre nieblas, que su pelo era largo y negro como los rayos de Serón y que su mirada era de fuego. Se movía con rapidez y sigilo por las aldeas y sus plazas fuertes sin llegar a ser detectado por los guardias, a los que de una estocada atravesaba con su espada. Al día siguiente, las gentes encontraban sobre la torre más alta al ricohombre del fuerte clavado en una estaca. El terror se extendía entonces entre las aldeas de alrededor, sin que sus gentes supieran qué hacer. Presentían que un gran peligro les acechaba.

La princesa había ordenado crear unas partidas de paladines que hicieran rondas en la noche por las villas más pobladas tratando de detener al oscuro ser alado, pero de momento no habían logrado atraparle, pues este siempre les esquivaba sin dejar de crear confusión y extender el miedo.

Todos los días llegaban decenas de mensajeros a caballo y numerosos halcones con pequeños mensajes arrollados en sus patas desde todos los confines de su reino. Demasiadas preguntas se cernían ahora sobre la princesa. Demasiadas responsabilidades como única regente del reino del Este.

Éclitus salió de la sala del trono con un largo pergamino donde había anotado las medidas que debían tomarse en el marquesado de Rodela y en el ducado de Malacena en los próximos días. El fortalecimiento de sus defensas era básico en unos tiempos que amenazaban con tornarse muy duros al llegar el invierno.

Nursia había quedado rendida tras atender a los nobles y debatir con los consejeros lo que se debía hacer. Se encontraba muy cansada y dejó caer su torso encima del reposabrazos diestro, carente de la energía que la había mantenido erguida y serena durante todo el día. Allí encontró el silencio y la tranquilidad que necesitaba.

Por un momento, su entereza la abandonó y sus pensamientos fluyeron hacia Norberto Marco y, sin poderlo evitar, las lágrimas volvieron a sus ojos. Todos los días le echaba en falta y deseaba con fuerza que estuviera con ella. En aquellos momentos lo necesitaba más que nunca. Un contenido sollozo se liberó en la solitaria sala.

De repente, Nursia notó cómo alguien acariciaba su mano. Una caricia que le resultó reconfortante. La princesa levantó su cara para ver quien le acariciaba. Delante de ella apareció Falina, la niña de pelo rosado que trajese Fabián al palacio.

Nursia se limpió las lágrimas con el dorso de sus manos y se incorporó, abandonando su laxitud sobre el reposabrazos.

La niña se arrodilló en el suelo dejando reposar sus brazos y su cabeza encima de las piernas de la princesa.

—Te he oído llorar —dijo Falina—, y he venido a hacerte compañía.

Nursia miró a la niña y comenzó a acariciarle su bonito pelo, que recaía sobre sus hombros y en parte sobre su falda.

—Gracias Falina, eres una niña muy amable.

Nursia no sabía apenas nada de esa niña, ni había tenido tiempo de averiguarlo. Tan solo intuía que venía de una familia noble por su trato educado y cortés. Su marcado acento del Oeste indicaba su pertenecía al reino oscuro, pero no era una niña tosca y agresiva, sino agradable, amable y cariñosa. Y además bonita, de rasgos finos y delicada piel.

Nursia también se había dado cuenta de que la niña lloraba por las noches y que un gran sufrimiento habitaba en su interior. Debía de haberlo pasado muy mal en su corta vida. Ambas encontraban, la una en la otra, el cariño y la compañía que necesitaban. Ambas se encontraban solas.

—¡Espero que Fabián derrote al rey oscuro! —exclamó Falina mientras perdía su mirada hacia la entrada de la sala—. Él es muy fuerte.

Falina recordó nuevamente cómo él la había cogido en brazos hasta el campamento del príncipe a los pies de la muralla y allí, desconfiado de que ninguno pudiera cumplir la promesa que les hiciera a las hadas, había preferido ser él mismo el que la llevase por el cielo hasta el castillo. La había envuelto en una gruesa manta y la había llevado volando sobre bosques y llanuras en el viaje más fantástico que hiciera nunca. Ella se había pasado el tiempo sin apartar sus ojos de él. La atraía su arrebatadora y varonil belleza y todavía sin entenderlo, sintió que algo había surgido en su pequeño corazón.

—El más fuerte que he conocido nunca —añadió con un brillo especial en sus ojos.

Nursia interrumpió sus caricias sin percatarse de ello. Nada sabía todavía la niña de la terrible transformación de Fabián. El que fuera el mayor apoyo de su marido se había convertido en una despiadada criatura enemiga del Este. Mas sintió el ligero estremecimiento de la niña al pronunciar su nombre y se percató de la adoración que sentía por él. No quiso quitarle la ilusión.

—La guerra cambia a los hombres, Falina —dijo simplemente, mientras volvía a acariciar sus rosados cabellos.

Khron había comenzado la conquista del Este, pero no sin tener en cuenta la gran cantidad de seres y materias que necesitaría para ello. Avanzar por los grandes territorios que se extendían desde la cordillera Amintalia hasta el mar Nuevo, se le antojaba como una campaña larga y costosa. Él no iba a hacer como el príncipe, dirigirse rápidamente a la capital para destruirla, él había decidido emprender una ampliación de su reino, ganándole sus tierras palmo a palmo y de una vez por todas a cualquier dueño que defendiese su legitimidad. Fuese humano o no.

La empresa no era fácil teniendo en cuenta que el reino del Este, con sus ducados y marquesados, tan solo ocupaba unos acotados territorios dentro de la amalgama de pequeños reinos, repúblicas y comarcas en las que otras especies no humanas habían llegado a prosperar. En muchas de ellas ni siquiera había caminos trazados por donde pasar. El rey no podía creer que todavía hubiera territorios que no hubieran sido pisados por el hombre. ¡Solo en el Este podía ocurrir aquello!

Khron ordenó a su jerarquía de gobernantes que extendiesen por todos sus dominios su interés por trasladar a todos aquellos súbditos que quisieran a las nuevas tierras conquistadas para que en ellas se asentasen. Él era consciente de que las guerras ocurridas durante los últimos años habían reducido mucho la población de su reino y esquilmo sus recursos, pero no podía perder la oportunidad de fijar con aquellos pobladores las nuevas tierras sometidas y reducir al máximo la posibilidad de rápida reconquista, si el reino del Este se propusiese hacerla. No obstante, y aunque las adversidades parecieran insuperables, Khron sabía cómo estimular a los aventureros de su reino y aunque él mismo era reticente al principio, finalmente, aplicó un viejo dicho: un monarca sin dinero paga con títulos y tierras.

Así pues, ante la posibilidad de verse agraciados con suculentos privilegios bajo la mano del rey, durante el otoño y el invierno siguientes aparecieron intrépidos muchachos que apenas llegaban a la veintena, provistos de ambiciosos deseos y valerosos ánimos para ocupar las nuevas poblaciones bajo los nuevos fueros reales, donde los repobladores no estarían bajo las órdenes de un conde ni un señor, sino directamente bajo las del rey y sus privilegios concedidos.

También otras especies, como los trolls, los trasgos o los grunchis, fueron instados a repoblar las nuevas tierras, bajo un fuero específicamente ideado para ellos.

El rey supo dar a cada especie lo que quería y consiguió que miles de criaturas salieran por primera vez de sus ancestrales tierras y cruzasen por la nueva puerta del reino hacia su nueva vida en el Este.

Así que, precedidos por la gran horda troll y las reconstruidas mesnadas humanas supervivientes de la batalla del Corcatán, establecieron sus primeros asentamientos, una vez hubieron conquistado una extensa franja al Norte plagada de pinos y encinas, poco habitada.

Las incursiones de las tropas oscuras se sucedieron cada vez con mayor frecuencia contra las poblaciones del marquesado de Rodela, hasta que, a mediados del invierno, desembocaron en la gran batalla contra la ciudad circular que le daba su nombre al marquesado.

Defendida con una imponente muralla que la rodeaba, la ciudad de Rodela era el primer bastión a derrotar para abrirse camino en el Este. Una ciudad altamente defensiva que durante cinco siglos se había enfrentado a todo tipo de criaturas que Khron liberaba desde Punta.

Pero ese invierno tuvo que enfrentarse a nuevas amenazas para las que quizá no estuviera tan preparada. Gobernada tras la muerte del marqués Otón por un leal hidalgo y experimentado paladín llamado Gonzalo, tuvo que afrontar insólitos peligros: la nueva manera de combate de los trolls, mucho más basada en la magia bruta y el lanzamiento de proyectiles que en el enfrentamiento directo contra las murallas; el ataque aéreo de los dragones y su letal fuego, que provocaban abrasadores incendios por doquier; el demonio de Serón que convertía las noches en aterradoras pesadillas y las dos destructivas armas de los grandes conquistadores, portadas una por Fabián y otra por el propio rey, capaces de destruir hasta las más sólidas piedras.

Khron sumergió a la ciudad entera en una perpetua oscuridad, reteniendo sobre ella un gran número de espesas nubes grises que se formaban y deshacían constantemente, sin descargar además ni una sola gota de agua sobre los continuos incendios. Aquella oscuridad continua que duró más de un mes recaló en la moral de sus habitantes, desesperándolos, desanimándolos y provocándoles cometer innumerables errores que, junto con el incesante hostigamiento, permitieron abrir una noche las puertas de la ciudad.

Rodela tenía una puerta principal al Este y mostraba hacia el Oeste su frente semicircular más fortificado y defendido. Allí había mantenido el rey un ataque continuado durante los últimos días, en los que él mismo, junto a sus dragones, ejercían todo su poder, y hubo momentos en los que las propias piedras de la muralla parecían arder. Mas solo fue una estrategia para mantener la atención del nuevo marqués dirigida al Oeste, y para que desatendiese la puerta principal de la ciudad.

Así que, después de varios días de continua vigilancia desde el cielo, Reo y Fabián aprovecharon la escasez de guardias para caer en picado sobre sus defensas y, mientras Reo se encargaba de atraer sobre sí a los soldados para aturdirlos con la influencia de Serón, el llamado hijo de Khron reventó las gruesas puertas con el poder de la espada de Humberto.

Una vez abiertas, centenares de trolls entraron corriendo en la ciudad, precedidos por una doble fila de caballeros negros que cargaron con sus pesados caballos sobre todo aquel que anduviera por sus calles.

La ciudad tardó solamente un día en caer, una vez las tropas oscuras hubieron entrado. Se dice que Khron impidió que los dragones atacaran el castillo del marqués durante toda la batalla, complacido por su robusta y fuerte construcción y que fue él mismo quien entró para su definitiva toma, destruyendo con la espada de Égica todas y cada una de las defensas que

encontró, hasta que finalmente y desarmando al marqués Gonzalo, con sus propias manos lo mató.

El cruel castigo que recibieron los habitantes de Rodela sirvió como ejemplo de lo que ocurriría a todos aquellos que se opusieran a la conquista del resto del reino del Este.

Apenas se conocieron supervivientes de aquella batalla, debido a que la propia ciudad ofrecía muy pocas salidas en caso de asalto, lo que la convertía en una trampa mortal para sus ciudadanos. La ciudad pensada para no caer finalmente acabó ofreciendo como tributo a los trolls a cientos de ciudadanos que formaron parte de sus despiadados y antiguos rituales. Un pequeño precio a pagar para el reino oscuro por la unión de aquella especie a la guerra.

Rodela se convirtió en la primera ciudad fortaleza conquistada por el reino del Oeste, en la que no se escatimaron esfuerzos para reconstruir sus zonas dañadas y reconvertirla en la nueva ciudad base para el rey, donde agrupar y alojar a sus tropas y desde la que lanzar sus ataques y extender su terror.

La caída de la ciudad fuerte del marquesado fue una noticia terrible para el reino de los Protegidos, cuyos habitantes se percataron de pronto del enorme peligro que les amenazaba. Una oleada de miedo sacudió los territorios humanos, envolviéndolos en una permanente angustia, mientras el resto de territorios y reinos de otras especies seguían con atención el devenir de los acontecimientos de la remota guerra humana.

Pero tremenda fue la sorpresa que mostraron los rostros de aquellos no humanos, al enterarse de que Khron había comenzado su campaña de conquista por los orientales reinos de los lobos y los gnomos.

Las tropas de Khron marcharon sobre el reino de Kindar destrozando las pequeñas defensas que encontraron a su paso hasta la capital. Los nigromantes, mucho más poderosos que los magos gnomos, aplacaron con la magia de Serón los hechizos de estos y acabaron quebrando sus mentes, eliminando así su principal defensa. Sin mucha dificultad atravesaron el bosque cuyos árboles habitaban y que pocos se atrevieron a defender disparando con sus arcos finas y envenenadas flechas que causaron unas cuantas bajas. Todos esos árboles, hogares de los gnomos defensores, fueron talados o quemados rápidamente, mientras las tropas oscuras proseguían con su avance hasta llegar al milenario árbol de enorme tronco y gigantesca y frondosa copa donde vivía su rey Dendirum.

Solo hizo falta que Witiza y varios de sus necromantes lo rodeasen para ejercer sobre él su oscuro poder y para que en pocas horas, por las aberturas de su gran tronco y los recovecos de sus descomunales raíces, comenzasen a aparecer cientos de aterrados gnomos que se habían refugiado en él.

Así fue como descubrieron, entre los pequeños y temblorosos gnomos, a su viejo rey, que fue hecho prisionero y llevado hasta Rodela en presencia de Khron.

La tiritera que se introdujo en su cuerpo nada más oír la heladora voz del humano, silenció bruscamente las quejas y el malestar que había expresado durante el camino. Su cuerpo quedó paralizado y sin respiración, sumido entre temblores. Al fin entendió el terrible poder contra el

que se enfrentó Norberto Marco en solitario y se dio cuenta de su tremendo error al negarle la ayuda que con tanta insistencia les solicitaba. No era solo una guerra entre humanos como él tozudamente pensaba, era algo más, era una guerra entre valores generales. Con todas las fuerzas que logró reunir y forzando a su cuerpo para que le respondiera, logró elevar su cabeza y mirar al rey. Sin llegar a pronunciar ni una sola palabra, sintió cómo su corazón se paraba ante la impresión de ver la profunda negrura de los ojos azules del monarca.

El reino de Kindar quedó anexionado al reino del Oeste en pocas semanas sin apenas costarle al rey más que unos pocos soldados, a cambio de sus extensos territorios de rica vegetación. Pero no fue igual con el territorio lobo, donde varias agresivas manadas atacaron a las primeras mesnadas de trolls y de hombres que pisaron sus territorios. Hubo que poner mucho empeño en dar caza a los líderes de las manadas y dedicar mucho tiempo en descubrir las madrigueras donde se escondían, siendo necesaria la ayuda de los búhos reales para detectarlos en la noche e incluso la utilización de perros para que olfatearan sus rastros.

El fiero y venerado líder Shui acabó atravesado por la espada de un caballero negro, tras ser perseguido durante días y haber sido herido en una pata por una lanza. Sus terribles dentelladas capaces de aplastar las grebas y los guardabrazos de las metálicas armaduras, quedaron finalmente inertes y sus ojos se apagaron sin llegar a creer que los humanos le atacasen a él.

Cuando su grisáceo pelaje manchado de sangre fue extendido sobre la cruceta de un estandarte y portado por los soldados trolls para que lo contemplasen sus enemigos en sus nuevas incursiones, ya el terror se había extendido por todos y cada uno de los territorios del Este.